

BRUNO BELMONTE

Toda la verdad
sobre los señores
de provincias

ÍNDICE

I. LA VIDA EN LA PROVINCIA, 9

- UNA ÍNTIMA TRISTEZA REACCIONARIA, II
- TARDES EN EL PAÍS DE LOS DOMINGOS TRISTES, 16
- TODA LA VERDAD SOBRE LOS SEÑORES DE LOGROÑO, 19
- ELEGÍA Y PASODOBLE DEL VIEJO LAS GAUNAS, 22
- PAN Y PRENSA, 27
- ROMANCE ASONANTADO DEL HOMBRE COMÚN, 33
- SPLEEN* DE SEPTIEMBRE, 38

II. LA VIDA DEL MÚSICO AMBULANTE, 43

- CHICO FLORERO, 45
- EN EL MAUSOLEO DE FRAGA, 48
- FESTIVALES EN MESA CAMILLA, 53
- VIDA DE UN VIAJANTE, 57
- LA ALCAZABA DE ALMERÍA, 61
- LO IMPORTANTE ES NO DAR EL COÑAZO, 64
- LO QUE QUEDA DE ESPAÑA, 69
- LA LEVY EN PROVINCIAS, 73
- A POR LAS SUECAS, 77

III. LA VIDA MODERNA, 81

¡A MÍ LA LEGIÓN!, 83

LA SOLEDAD DE LAS ESTATUAS, 87

FACHAS DE MIERDA, 90

NOS LA BUFA, TRON, 94

VIAJE EN TAXI AL FINAL DE LA NOCHE, 98

EL LAMBORGHINI DIABLO, 103

EL ARTISTA Y LA EXDUQUESA, 107

LOURDES, SÉ FUERTE, 110

LAS DIMENSIONES DEL MUNDO, 114

¿QUIÉN PAGA TODO ESTO?, 118

EMERGENTES Y EMERGIDOS, 124

UN IMPOSTOR EN EL *INDIE*, 130

I. LA VIDA EN LA PROVINCIA

«Ser provincia, en el mismo sentido que la palabra tiene, pongo por caso, en Flaubert o en el Mann de *Los Buddenbrook*, es, todavía, algo muy importante, europeo, humano y sólido».

ÁLVARO CUNQUEIRO

UNA ÍNTIMA TRISTEZA REACCIONARIA

«El amor amoroso / de las parejas pares; / noviajos de muchachas / frescas y humildes, como humildes coles / y que la mano dan por el postigo / a la luz de dramáticos faroles; / alguna señorita, que canta en algún piano / alguna vieja aria; / el gendarme que pita... / ... Y una íntima tristeza reaccionaria».

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

NUNCA SERÁN TENDENCIA EN Twitter; nunca se utilizará su imagen como reclamo en marquesinas para vender móviles de última generación, ni serán sus rostros los que nos inciten a hacer *match* en nuestros húmedos sueños de Tinder; en sus calles grises y mesocáticas florecerán, con la misma naturalidad que le sientan a un Cristo dos pistolas, tiendas de *cupcakes*, *showrooms* de juguetes eróticos, cafeterías franquiciadas en las que engancharse de igual modo al wifi y los *smoothies* orgánicos; se volvieron invisibles, incómodos, y sin embargo ahí siguen, impertérritos, los míseros españoles de la oscura provincia. Rancios cavernícolas en vías de extinción. Los restos vergonzantes de un tiempo olvidado de pobreza y apocamiento. Atufando de mala manera a guardado, a tribulaciones de

pelagatos y a la naftalina con la que preservan viejos hábitos conculcados por el brillante devenir de la modernidad y el progreso. Más anónimos y con menos futuro que el último de los mohicanos, porque ni siquiera sirven para despertar fantasías roussonianas y alternativistas. Fantasmales provincianitos a los que confinarán en una reserva india para que terminen idiotas de tanto jugar al mus y darle a su particular agua de fuego: orujos, pitarras, cosecheros, alcoholes fermentados en cuevas y garajes para dejarlos ciegos, lelos y folclóricos. Morirán de un fenomenal atracón, condenados a almorzar pitanzas ancestrales ajenas a los dictámenes del hermano dietista, del hermano *influencer*, del hermano cerdo y la hermana ternera. Y ya nadie recordará que hubo un día un mundo de provincias, pequeño y familiar, de vecinos que se detestaban entrañablemente con nombre y apellidos, de minúsculas vidas pautadas y pausadas, de infinitos domingos letárgicos que inducían al suicidio.

Entre unas cosas y otras, el pasado se nos está quedando obsoleto. No se molesten, no hay actualizaciones disponibles en la red. Treinta años de reformas educativas y la tontuna de nuevos ricos trepada a la cabeza lo han dejado hecho unos zorros. El pasado ya es casi cualquier cosa. La Disneylandia de los tontos útiles, la barra libre de los cínicos con estudios y cargo público. Cualquier década anterior es una mezcla de arqueología y suvenires para turistas del todo incluido. Más allá de los años ochenta todo es materia oscura y ciencia-ficción de serie Z. El pasado es un cuento chino que nos sirve para conciliar el sueño cuando se han terminado las píldoras de Lorazepam.

Yo todavía pertenezco a esa última generación que vino al mundo en el pasado, no como ocurre ahora, que no existe más tiempo que el presente, y además nací con el agravante de hacerlo en el profundo corazón de la oscura provincia: Logroño. Con esos antecedentes, a estas alturas he de decir que he visto cosas que dejarían patidifuso al mismísimo Roy Batty de *Blade Runner*. Mi infancia son recuerdos de los veinte años y un día tras los barro-

tes de la EGB, y de un patio sombrío sin limonero sino con ropa tendida al pálido sol del norte y guirigay de transistores. Hay en el corazón de las tinieblas un lugar sin retorno en el que siempre es domingo y atruena *Carrusel Deportivo*, hay mañanas perezosas en las que suena *La saga de los Porretas* y el mundo se reduce a la circunferencia que forma una mesa-camilla, hasta que dan las doce en algún campanario cercano y las señales horarias anuncian el rezo del ángelus. Ahora se nos ha olvidado, pero en esa época Frascuelo y María eran un matrimonio rancio y estirado que llevaba en el tercero derecha toda la vida. Huele a guiso reconfortante y severo. Con uno solo de estos potajes se adquiere más respetabilidad que la que otorga una suscripción al *ABC*, más que opositar a notarías. La liturgia pantagruélica de un cocido en sus obligatorios tres vuelcos equivale exactamente a meterse entre pecho y espalda todo el Románico, el alcázar de Toledo y las obras completas de don Marcelino Menéndez Pelayo. La provincia empezó a morir el día en que mi generación decidió sustituir las alubias por el cuarto de libra con queso. Es lo que tiene jugar con las cosas de comer, que se empieza haciéndole ascos al bacalao con tomate y uno termina perdiendo el rumbo en la vida, cayendo en el veganismo, en la quinoa, o peor aún, argumentando las excelencias de maridar un chuletón con las aguas de un volcán islandés, en fin, esa clase de perversiones extrañas que jamás osaríamos confesarle a nuestro propio padre. Al mío, sin ir más lejos, que es todo un señor prototípico de los que todavía se visten por los pies, le hemos introducido, con pocos subrepticios, en antros donde la clientela caminaba a cuatro patas por el techo, e incluso en cierta ocasión estuvo a punto de ser raptado por dos travestis brasileños de masculinidad vigoréxica y mal disimulada, pero bajo ningún concepto ha transigido jamás en traspasar el umbral de un McDonald's.

Mi padre pudo haber sido casi cualquier cosa en esta vida, pero creo que, después de meditarlo concienzudamente, se avino a que mi abuela le diera a luz en Logroño y directamente cuarentón. Él

TARDES EN EL PAÍS DE LOS DOMINGOS TRISTES

«Las palomitas vuelan y las comen / las parejitas
que se meten mano / en las butacas Golem. //
¡Malditas butaquitas, parejitas, palomas, / mal-
dita arquitectura de domingo de invierno!».

PAULINO LORENZO

EN PROVINCIAS TODO ES agua de borrajas. Podéis concebir proyectos fabulosos, planes ambiciosos para subvertir el estado de las artes o la política, podéis idear la revolución más completa que todo será en vano en cuanto llegue el domingo, den las cinco y os encontréis postrados ante la perspectiva de una sobremesa letárgica y una tarde tan moribunda como vuestra antigua exaltación. Podéis sentirnos en plenitud durante toda la semana, exhibir un ánimo risueño y emprendedor, mostraros encantadores y joviales, y os aseguro que a las seis de un domingo otoñal en Logroño vuestro idealismo será una filfa marchita, se habrá diluido como un simple azucarillo en la penumbra opresiva que trepa por las paredes de vuestro encogido corazón. Os encontraréis sin fuerzas, sombríos y pesimistas, y todo aquello que hasta ayer os pareció brillante hoy lo encontraréis totalmente absurdo e irrealizable. Si la provincia hace tiempo que perdió el tren del progreso y la modernidad es por culpa de sus soporíferas y eternas tardes de domingo.

Como la casa os ahoga diréis que vais a la calle a tomar el aire e, inevitablemente, escucharéis esas palabras invariables y agoreras:

—¿A la calle ahora? ¿Con la que está cayendo? Para que agarras un resfriado y luego a ver quién te aguanta...

Porque efectivamente en las tardes de domingo provinciano llueve. A veces llueve a mares, otras simplemente cae un insulso calabobos, pero siempre de manera persistente, como si quisiera seguir lloviendo durante el resto de vuestra vida. Cae un agua sucia y desapacible, el cielo es un cemento opresivo y oscuro y el mundo se ha convertido en una cosa húmeda y reblandecida. No hay ni un alma en las calles. La ciudad parece haber sufrido una evacuación en masa. En ese momento pensáis que sois los únicos supervivientes de algún dramático cataclismo, que todos se fueron y que no tuvisteis ocasión de despediros de los consabidos tres o cuatro amigos, de mandarles una notita romántica y crepuscular a aquellas muchachitas que os enamoriscaron en el pasado. A punto estáis de enjuagar una lagrimita cuando en una ventana se prende una luz. No estáis solos en el planeta, queda al menos otro habitante en este domingo de tedio y desolación. ¿No será acaso la triste palmatoria que vela las últimas horas de agonía de un moribundo? Es lo más probable. La tarde se desgarrá entre dos luces, el domingo provinciano se nos muere de puro aburrimiento y nosotros acabaremos arrojándonos a la vía, si no fuera porque aquí ya no hay trenes y antes pillaríamos la dichosa pulmonía que acertar con el paso de un expreso.

Entráis a un bar. No cobraría tantos ánimos el viajero extraviado en la noche serrana al divisar la lejana luz de una posada, el naufrago que adivina en el horizonte una nítida línea de costa. Lo que en la calle era bisbiseo de la lluvia dentro es estrépito de cubiletes de parchís, barbarismos de los jugadores de mus o fichas de dominó que restallan sobre el mármol de los veladores. La tarde de domingo va de farol y nos hace creer que su juego vale algo, pero al final con las cartas boca arriba todo es lunes, nada y madrugones.

TODA LA VERDAD SOBRE LOS SEÑORES DE LOGROÑO

«Luego tonteeé con un primo segundo mío de Logroño, pero me dijeron que no era trigo limpio, que allá abajo había regentado una academia nocturna de dudosa reputación».

GRACITA MORALES

COMO LES VOY CONTANDO, yo vine al mundo en el seno de una familia de señores provincianísimos de Logroño. Mi padre es lo más lejos que se puede llegar en lo tocante a ser un señor de Logroño. Acaso ahora el amigo lector, que quizás sea un pipiolo y ni siquiera sea capaz de situar Logroño en un mapa, se esté preguntando en qué cosa pudiera consistir tamaño fenómeno. Pues bien, los señores de Logroño son unos entes de naturaleza férreamente sedentaria que consideran los desplazamientos fuera de sus confines de una completa futilidad, una total pérdida de tiempo en lo que toca a gozar de una existencia plena y satisfactoria. Yo les digo: «Vosotros, señores de Logroño, sois unos filósofos de tomo y lomo; vosotros abjuráis del movimiento y vivís en un estado parmenidiano». Les sucede a veces que se ven en la necesidad de pasar una temporada en cualquier otra parte del globo terráqueo y es lo mismo que si les sumergieran en la caverna de Platón. «Sombra y fantasmagoría —se dicen—. El mundo más allá del Ebro o en la

remota meseta es apenas una débil sombra, un pálido reflejo de la Verdad Absoluta que se asienta entre la calle Portales y el Paseo del Espolón». Estos señores suelen pensar, en esos lejanos lares, que sus nuevos conocidos no son sino émulos, perfectamente simétricos, del *dramatis personae* logroñés. Así el taimado X es un sosias de Fulanito, o el jaranero Y reproduce con exactitud la personalidad de su buen amigo Zutano. Con lo cual consideran innecesaria, incluso abominable, la duplicación como ocurría con los espejos en el Uqbar borgiano. Todo lo que ha de saberse sobre la vida y los seres humanos puede ser aprendido en dos noches y media tarde logroñesas. Ya decía Unamuno que el mundo es un Bilbao más grande. Y eso porque no había estado en Logroño.

Tradicionalmente los señores de Logroño han sido una cosa que daba mucha risa. En nuestro cine desarrollista, por ejemplo, si había que rellenar alguna escena los guionistas tiraban de repertorio y le sacaban a Mariano Ozores un primo de Logroño. Lo de ser de Logroño era una gracia un poco rudimentaria y menopáusica, como un chiste subidito de tono, de esos que hacen reír estrepitosamente a las señoras gordas mientras sus consortes chinan los ojillos y reprimen un jiujiú bronquítico. Los señores de Logroño fueron un invento de *La Codorniz* y luego vino Azcona y nos mostró que la broma podía tener un trasfondo negrísimo y deprimente.

Yo lo que creo es que a los señores de Logroño todo este pitoreo les ha venido siempre de perlas. Es más, estoy convencido de que todo es obra de otros señores de Logroño y que lo han empleado como cortina de humo. «Reírse, reírse —se decían—, que quien ríe el último, ríe mejor». Amigo lector, percátate de que siempre, en todos los casos, ya sea política, negocios o medios de comunicación, al final de la cadena hay un anónimo señor de Logroño que maneja los hilos en la sombra. Yo sostengo que, de manera más espeluznante aún, en realidad los designios del mundo son gobernados por una reducida e hipersecreta logia de señores de Logroño. A quien me tache de insensato le invito a contemplar a mi padre

ELEGÍA Y PASODOBLE DEL VIEJO LAS GAUNAS

PRÁCTICAMENTE DURANTE TODAS LAS temporadas que el Logroñés militó en Primera División acudí con mi padre al viejo campo de Las Gaunas. Mi padre no ha sido nunca muy pedagógico: él viene de esa generación que creía que los niños se educaban solos cometiendo barrabasadas en la calle, y si era inevitable intervenir, solo en casos de extrema gravedad, quedaba el recurso punitivo de mi madre y sus increíbles zapatillas voladoras. Yo creo que la única enseñanza que mi padre ha considerado de vital importancia dejarme como legado es la máxima de Bill Shankly, el mítico entrenador del Liverpool: «Algunos creen que el fútbol es solo una cuestión de vida o muerte, pero es algo mucho más importante que eso». Hay quien pensará que es un pobre bagaje, pero lo cierto es que a mí me ha servido y, por lo menos, mal no me ha hecho. Quiero decir que a menudo ser hijo es un oficio de riesgo, y si no, piensen en el consejo más importante que le dejó Lemmy *Motörhead* Kilmister a su retoño: «Hijo mío, cuando seas mayor no pruebes la coca, es una mierda, métete speed».

Dado el carácter agonístico que solían tener los encuentros en Las Gaunas, valdría tanto como decir que durante casi diez años fui al dentista cada dos domingos a que me extrajese las muelas del juicio. Para colmo ese era el momento que aguardaba con más expectativa de toda la semana, y posiblemente a la postre el único relevante.

A veces creo que hasta llegué a figurarme que el equipo jugaba bien al fútbol. Cuando uno ha venido al mundo en un lugar como Logroño, cuando se vive en una mediana capital de provincias y uno es el tipo medio que lleva una vida mediocre, los días se sobrellevan gracias a este tipo de insignificantes ilusiones. Hay que vivir en la ilusión de que quizás algún año el equipo de nuestros amores juegue la Uefa, de que la ciudad al fin y al cabo no es tan fea y el clima no es tan insufrible, hay que creer que seremos algo, que llegará el día en que demos la campanada, porque si no creemos el mundo entero se confabula para sumirnos en la más negra desesperación, y entonces nos arrojan al río a que se nos coman las carpas, pero por estos lares los ríos a veces bajan mezquinos de caudal y es muy probable que solo logremos descalabramos y hacer un ridículo papelón.

Desde nuestra más tierna infancia, Las Gaunas fue para muchas generaciones de niños logroñeses una escuela en la que aprendíamos a fortalecer el ánimo y robustecer la voluntad de cara al tipo de vida que nos esperaba. Y no me refiero al fútbol, que también. Cumpliendo un antiquísimo ritual, la mañana del cinco de enero Sus Majestades de Oriente hacían su aparición en Logroño personándose en el césped del vetusto campo, con las gradas rebosantes de una chiquillería ecuánimemente dividida entre los enfervorizados y los que no podían articular palabra debido al espanto que les causaba la mascarada. Nuestros Reyes Magos, supongo que por genial inspiración de la cabeza que concibió semejante tremebunda *mise-en-scène*, bajaban de los cielos en unos helicópteros con toda la pinta de haber sido adquiridos en un desguace soviético. Que aquellos aparatos nunca se precipitaran al terreno de juego convertidos en una bola de fuego y que su augusta carga no quedase reducida a cenizas en tan egregia fecha, dejándonos a nosotros, candorosos infantes, traumatizados a perpetuidad, apoya mi creencia de que en provincias siempre hay que confiar en los prodigios. Contemplado *a posteriori*, lo de los helicópteros en Las Gaunas me parece muy bien traído, no en vano aquel césped siempre estuvo emparenta-

II. LA VIDA DEL MÚSICO AMBULANTE

«¡Titiritero, *alehop!* / de feria en feria / siempre
risueño / canta sus sueños / y sus miserias / y
al caer la noche / en el viejo coche / guardará
los chismes / y tal como vino / sigue su cami-
no / solitario y triste».

JOAN MANUEL SERRAT

CHICO FLORERO

NUNCA SE FÍEN DE alguien que se proclama abiertamente un ser anodino, normal y de Logroño: somos unos tipos rarísimos y desconcertantes. Podemos tirarnos años perfectamente abúlicos, inmersos en la atonía local hasta que de repente un día, de buenas a primeras, nos lanzamos de cabeza a protagonizar cualquier disparate, arrojamos por la borda toda ponderada sensatez y nos hacemos bohemios, extravagantes, volatineros. Yo creo que lo de *épater le bourgeois* se inventó en provincias por una mezcla de desesperación y tedio. En esto somos como aquellos lores victorianos que se pasaban media vida hechos un pichafría que sorbe el sempiterno *five o'clock tea* junto a la siesa de Lady Marian, hasta la precisa mañana en que se encasquetan el salacot, enarbolan la Union Jack y toman a sangre y fuego Kayikistán. Y como colofón se pasan por la piedra a la tribu entera de kayikos, varones y hembras indistintamente. De hecho yo he conocido a más de uno que empezó tomándose dos o tres vinos por la calle Laurel de Logroño y terminó la jornada viviendo su propio amanecer zulú.

Uno, que ha sido siempre la prudencia personificada por vocación y porque no encontraba el momento, también ha protagonizado su pequeño desafuero. Yo me iba quedando ya para solterón de provincias. Es esa una soltería mantecosa y revenida como de muñeco pepón inofensivo y un poco gagá, devoto incondicional de su señora madre y de la consabida quincena en Benidorm. Así era un

servidor de ustedes hasta que el amor llamó a mi puerta. Lo estu-
pendo del caso es que P., mi señora, ya iba para estrella en ciernes
de la música pop, lo cual me ha convertido, creo yo, en el primer
circunspecto cuarentón de Logroño que ejerce por esos mundos
de chico florero. Aquí conviene constatar lo infrecuente del fenó-
meno, quiero decir, que el negocio de la música es esencialmente
masculino, y chicas florero las hay a porrillo, pero en lo de ser chico
florero uno es un pionero, una habitualmente solitaria excepción.

En mi familia el caso se sobrelleva con un punto de fatalidad.
No en vano mi tío Luis siempre desconfió de lo mucho que me
costaba a mí aseñorarme, como era lo propio, y le decía a mi padre:
«De este chico no hacemos carrera». En realidad creo que a mi
padre mi condición de chico florero no le ha cogido en absoluto
desprevenido. A un señor de Logroño no hay nada que le pueda
coger por sorpresa. El día en que anuncien la existencia de vida
extraterrestre mi padre se sonreirá misterioso y dirá que sí, que
bueno, que algo de eso sabían hace ya tiempo en el bar.

Como quien elige su rumbo en una encrucijada de caminos,
rompí el plácido cascarón del mundo de provincias y nos vinimos
a Madrid a ponernos a la cola, en sentencia barojiana, a que P. as-
cendiera en el escalafón y le salieran bolos en plazas de más fuste,
a vender el género por algo más que un bocadillo y el sofá del due-
ño del local como alojamiento. Y, como algo se ha ido mejorando,
ahora uno va en la terna, en la categoría de bulto sospechoso. No es
el caso de P., pero yo creo que los artistas llevan a sus chicas florero
de gira por derroche, por fardar de abundancia, para que se vea
que son alguien, como los príncipes árabes que no se podían des-
plazar al oasis de la esquina sin cargar con todas sus pertenencias.
Muamar el Gadafi viajaba llevando a cuestas su harén y su cuadra,
para apabullar a los aznares de turno, aunque uno todavía no sabe
bien si lo llevan por los caminos para que haga de hurí o de alazán.

Las chicas florero son uno de los signos más inapelables del
caché de un artista. Cuanto más despampanante sea esta mayor